

7. Pasión y muerte de Jesucristo: heridas que sanan

La pasión y la muerte de Jesucristo nos introducen en el misterio de su dolor. El Sí al Padre dado en la Última Cena y en Getsemaní, se cumple al llegar el primer viernes santo. Ahora, en las heridas de Jesús, en ese cuerpo llagado, se manifiesta su inmenso amor al Padre y a nosotros.

Para entender el misterio de la Pasión, seguiremos el siguiente itinerario. Contemplaremos en primer lugar el sentido de las heridas en el cuerpo de Jesús. No manifiestan odio ni resentimiento, sino perdón y compasión: “Padre, perdónales” (Lc 23, 34). A partir de las palabras de Jesús desde la Cruz trataremos de iluminar aquella afirmación tan admirable de san Pedro: “Sus heridas nos han curado” (1 Pe 2, 25). ¿Cómo pueden sanarnos unas heridas? ¿Que quiso decir Pedro?

Pero la Pasión no es un misterio a observar como espectadores: el Crucificado nos invita a seguirle. Por eso, en un segundo momento descubriremos la llamada que Jesús nos dirige desde la Cruz: “El que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz, y me siga” (Mc 8, 34). En nuestra vida cotidiana, podemos participar de ese perdón y de esa compasión que transforman el mundo. El sacramento de la Eucaristía nos permite unir nuestras heridas y sufrimientos a la Pasión de Cristo. Podemos participar de su entrega.

Esquema del tema

1. “Sus heridas nos han curado” (1 Pe 2, 25)
 - 1.1. El misterio de la herida
 - 1.2. Heridas que hieren, heridas que curan
 - 1.3. Heridas de perdón y compasión
2. Mis heridas: “Completo en mi carne” (Col 1, 24)
 - 2.1. De su herida “brotó sangre y agua” (Jn 19, 34)
 - 2.2. Eucaristizar la vida

Conclusión: Participar de su entrega

1. “Sus heridas nos han curado” (1 Pe 2, 25)

Getsemaní, inaugura el misterio de la Pasión. Treinta fueron los años de Nazaret, tres los de la predicación y los milagros, apenas una semana duró el desenlace. La acción le cede el puesto a la pasión: Jesús ya no habla ni sana, ya no bendice ni cura. Ahora se habla sobre Jesús y se le condena: se le maldice y se le hiere. Durante el tiempo de Galilea se decía de Jesús que “todo lo hizo bien”. Ahora, la Pasión nos mostrará que ‘todo lo sufrió bien’.

Podemos entender el significado de este momento a la luz de la vida de Juan Pablo II. Siendo todavía cardenal, Joseph Ratzinger resumía así el largo pontificado

de su predecesor: a los intensos años de acción, llenos de viajes, palabras arrebatadoras y gestos proféticos, le sucedió el tiempo de la calma, los silencios, la enfermedad y la inmovilidad. Al “huracán Wojtyla”, como le llamaban algunos, le siguió el papa sufriente que, como Cristo, no se bajó de la Cruz sino que introdujo a la Iglesia en el tercer milenio. Y si nadie duda de la fecundidad de los primeros años de Juan Pablo II, los frutos de su última etapa saltan a la vista.

El paso del Cristo “agente” (médico y maestro) al Cristo “paciente” no es fácil ni agradable. Lo veremos ahora despreciado, golpeado, injuriado, lleno de heridas, y además, abandonado por los suyos, negado por uno, traicionado por otro, tratado con indiferencia por aquellos que tanto recibieron de sus manos.

La Pasión pone así ante nuestros ojos el cuerpo herido de Jesús. Para entender el misterio que aquí se esconde, será bueno preguntarnos brevemente por el significado de esas heridas.

1.1. El misterio de la herida

Nuestro cuerpo nos sitúa en relación con el mundo. A través de los sentidos, nos encontramos con lo que nos rodea. Los ojos, los oídos, la lengua y la nariz, nos ofrecen las imágenes, sonidos, sabores y aromas... del mundo. Los sentidos, y en especial el tacto, nos permiten estar presentes en el mundo y asimilarlo, es decir, *hacerlo nuestro*.

Si los animales transforman su entorno y lo hacen suyo (construyen, señalan, delimitan su hábitat...), mucho más el hombre. Ocurre aquí como los novios recién casados que van adornando y amueblando su casa. Al principio abundan las paredes vacías y las cajas en los armarios. Con el tiempo, toda la casa va adquiriendo sabor de hogar. Cada mueble y cada pequeño adorno tienen nombre y apellidos: “Esta es la lámpara que nos regaló tu tío el día de nuestra boda... esta la foto del bautizo de Pedro...”.

Pero en nuestra relación con el mundo y con los demás, no todo es armónico. Hay ocasiones en que el encuentro resulta doloroso. Puede ser un alimento que nos queme la boca, un sonido que nos moleste, un objeto que nos golpee, la superficie de un metal que nos corte el dedo. Son los momentos en los que la realidad nos hiere, nos produce heridas. En nuestra piel percibimos entonces esos cortes, llagas, ampollas... que indican una relación difícil con el exterior.

Junto a estas heridas, hay también otras que recibimos en las relaciones con los demás. Nos sentimos ofendidos por la falta de confianza, el orgullo, la impaciencia, la traición a mi confianza...

¿Cómo reaccionamos ante estas heridas? ¿Qué significan en nuestra vida? La herida nos lleva a mirar con cautela nuestra presencia en el mundo. Tras la primera experiencia, tenemos ahora precaución ante ese alimento que me sentó mal, esa persona que no cumplió la tarea que le asigné o esa otra que no confió en mí... “Ya no me volverá a pasar”, podemos decirnos. “No volveré a tomar ese alimento, a confiar en esa persona...” Y así la precaución puede degenerar así en desconfianza.

Es esta una forma equivocada de curar las heridas. Así solo conseguiremos que la herida se consolide en una úlcera, esa herida crónica con forma de cráter que nunca acaba de cerrarse. O bien, se cerrará la herida generando una infección interior, que luego resultará peor todavía.

La herida del pecado: un corazón enfermo

Esta tensión ante los demás y ante el mundo posee raíces antiguas. El libro del Génesis nos conduce al origen de esta desconfianza. En el principio no era así. Adán habitaba con Eva en el Paraíso, y Dios conversaba con ellos. El mundo era un hogar apacible donde el hombre daba nombre a los animales y trabajaba la tierra. A través de su cuerpo, Adán descubría en Eva la llamada a una comunión de personas.

La armonía se rompe con las insinuaciones de la serpiente y el pecado del hombre. Al romper la relación de confianza con Dios, se quebranta también la armonía con el mundo, con Eva y consigo mismo. El mundo ya no es un hogar, sino un lugar de fieras y de espinas.

Por el pecado, el hombre sufre una herida en su naturaleza. Surge en él la **concupiscencia**, una fuerza que lo divide por dentro y lo inclina al pecado, al orgullo y a la desconfianza. En realidad, esta herida del hombre no trae ninguna novedad verdadera. Es algo que antes no estaba, pero que consiste más bien en una debilidad, una desgana ante el mundo. La naturaleza está herida porque está dividida, sin armonía. Se encuentra como un grupo de músicos sin director que les ayude a tocar la misma pieza, al mismo ritmo y en el mismo tono. Su actividad es semejante a la del que intenta excavar un pozo y es incapaz de cavar siempre en el mismo punto. Se afana, suda y gasta sus energía en balde.

De esta forma, la herida del pecado consiste en un empobrecimiento del hombre, es decir, de sus relaciones. Bajo la apariencia de novedades, la concupiscencia envejece al hombre y lo encierra en su interior. Así como el enfermo, al empeorar, reduce su mundo de posibilidades, así también el pecado, la patología espiritual, encarcela al hombre y lo empobrece. El cuerpo pierde así su capacidad de hablar: queda como amordazado.

1.2. Heridas que hieren, heridas que curan

La herida, por tanto, nos habla de esa falta de armonía con el mundo, que es demasiado frío o caliente, demasiado afilado... Y además nos habla de un desorden dentro de nosotros.

Pero ¿es toda herida mala? ¿Es esa abertura en nuestra piel o en nuestro corazón siempre perjudicial?

Lo que la herida enseña

Las heridas, el dolor, eran para los griegos el camino hacia la sabiduría. El conocimiento llega a través del padecer. No se trata simplemente de que la letra entre con sangre sino de que “el que sufre, aprende” (Esquilo, *Agamenón*, 177). El dolor nos enseña muchas cosas de nosotros mismos, de los que nos acompañan y del mundo.

Lo primero que la herida y la enfermedad nos descubre es su contrario. Cuando contemplamos la herida, recordamos lo bien que estaba la piel sana, sin hinchazón ni dolor. Cuando llega el pequeño resfriado, nos damos cuenta de lo bien que estábamos sin tos, ni fatiga y libres del picor en la garganta. De esta manera,

nuestro sufrimiento nos permite descubrir algo más originario. Se trata de un misterio primigenio, más radical que el de la herida y la enfermedad: el enigma de la salud.

La experiencia del dolor nos invita así a entrenar nuestros ojos y hacerles capaces de asombrarse ante lo cotidiano. ¿Cómo es que nuestro cuerpo normalmente funciona y se amolda a nuestro querer? Habitualmente, reaccionamos bien ante el esfuerzo de subir una cuesta, ante un día de frío, de humedad o de pólenes primaverales. Solo en algunas ocasiones, cuando llega la enfermedad, experimentamos esa falta de armonía.

¿Y en qué consiste este “enigma de la salud”? El cuerpo sano vive en una adecuada relación con el mundo. Cuando se le pide un esfuerzo razonable, es capaz de realizarlo; cuando cambia la temperatura, puede amoldarse a ella; si sufre una herida, el mismo organismo corta la hemorragia y genera un tejido nuevo. Por eso, cuando falta la salud, la medicina no sustituye al organismo, sino que le ayuda a curarse, a recuperar la armonía con el mundo. La salud es esa capacidad de relacionarse bien con el entorno.

Así pues, el que sufre, aprende: aprende el valor de la vida y de la salud. No sólo lo percibe como algo que le falta, sino como algo que, aunque enfermo, no ha perdido del todo y puede recuperar. ¿Y qué más nos enseñan las heridas?

Hay también heridas que han cambiado el rumbo de nuestra vida. La muerte de un familiar, la pérdida de un trabajo, el fracaso de alguien cercano... son experiencias que nos han abierto un horizonte nuevo y misterioso. De igual manera, la muerte de los inocentes marcó la infancia de Jesús, y la muerte de José transformó el ambiente de Nazaret. Son heridas que enseñan la fugacidad y la seriedad de la vida. Al mismo tiempo, esas heridas nos enseñan también la fortaleza. Cuando ve sus primeras heridas, el niño llora. Ve la sangre que se le escapa y no sabe qué pasará. Con el tiempo, herida tras herida, el niño entiende que su cuerpo es capaz de sobreponerse a los golpes.

Recapitulemos. La herida no es sólo señal de la amenaza del mundo. Es también maestra que nos descubre el tesoro de la salud, nos fortalece ante las dificultades y manifiesta la fugacidad de la vida. Pero, ¿podemos decir algo más?

¿Maduración o fracaso de la esperanza?

En su primera carta, san Pedro se atrevió a afirmar que las heridas de Cristo nos curaron (1 Pe 2, 25), que fueron fuente de salud. El último sucesor del apóstol, Benedicto XVI nos presentó el sufrimiento como uno de los lugares principales en los que “madura la esperanza”. Pero, ¿cómo es posible esto? ¿Acaso las heridas (y unas tan terribles como las de Jesús) causan la salud? ¿Cómo pueden hacer que “madure la esperanza”? ¿No es más bien lo contrario?

A primera vista, la herida parecería más bien entorpecer la esperanza. Como la vía de agua que la roca abre en el buque, como la brecha que descubrimos en los muros de nuestra ciudad... la herida nos muestra la fragilidad y nos aclara que no es posible navegar juntos, no es realista defender la ciudad. ¿No nos ocurre algo parecido en nuestra vida de familia?

Si esto es así, si el dolor ahoga toda esperanza y nos sumerge en una ciénaga, entonces lo mejor sería entonar el *Carpe diem* de Horacio. “Mientras hablamos, huye

la edad envidiosa. Aprovecha el momento y no confíes lo más mínimo en el mañana” (*Odas*, 1, 11, 7-8).

Y sin embargo, la experiencia nos muestra que hay heridas que nos salvan la vida. Es la herida del cirujano que evita la gangrena mortal, la que libera al cuerpo de las infecciones internas. Cuando el cuerpo se cierra en sí, es preciso abrir la herida, es preciso sanar por medio del dolor. A pequeña escala, no dudamos en sacar la espina de la mano de nuestro hijo, aunque eso suponga pasar un mal rato.

Pero hay más: hay heridas que llevamos con gozo y con orgullo, heridas de las que no nos arrepentimos. Son las que hemos sufrido por los que amamos, defendiéndoles acaso ante un enemigo, sacando adelante sus vidas a costa de nuestro sueño... Son heridas gloriosas que llevamos con honor, heridas (cicatrices, ojeras, arrugas, canas) que marcan nuestro cuerpo y corazón y dan testimonio de nuestra historia, de las peripecias de nuestra vida en familia.

La herida manifiesta, por tanto, nuestra vulnerabilidad ante el mundo y ante las personas que nos rodean. Nos muestra la riqueza y el riesgo de tener piel en vez de coraza. No nacemos con una ‘armadura’ como los crustáceos. Por eso podemos recibir heridas, sí, pero podemos también sentir el mundo, abrazar a los amigos y crecer.

“Heridas que hablan de amor”. ¿Hemos encontrado quizá la perspectiva para comprender la Pasión del Señor?

1.3. Heridas de perdón y compasión

Las heridas de Jesús no son solo corporales. La flagelación, los golpes y contusiones en las idas y venidas de la noche del jueves santo, las burlas de los soldados, la corona de espinas, los clavos de la cruz, la lanzada... No eran estas las únicas, ni tampoco las más dolorosas. ¡Cuánto le dolió al Señor la traición y el abandono de los más íntimos, la indiferencia de tantos y la cobardía de los que le amaban!

Sus heridas nos han curado. ¿Cómo pudo intuir aquello Pedro? Por miedo a sufrirlas también él, llegó a negar por tres veces a Jesús. No sabemos dónde pasó Pedro el viernes y el sábado santo. Después de llorar amargamente, seguiría quizás los acontecimientos a distancia, viendo desde lejos la pasión del Maestro, pero desde luego no estuvo junto a la Cruz. En realidad, Pedro pudo contemplar de cerca esas heridas cuando se encontró con el Resucitado cara a cara. Las vio ya gloriosas y descubrió que las heridas que él rechazó, escondían la obra de un médico divino.

Pero, ¿cómo es posible que el cuerpo herido y abierto de Jesús nos sane? No sanan las heridas del odio de los verdugos ni las del desprecio de los romanos, como tampoco las de un ‘masoquista’ que acudiera con placer al dolor.

Para comprender por qué sanan sus heridas, será preciso escuchar al Maestro. Jesús sufría en silencio. Durante su Pasión, no abría la boca, como cordero llevado al matadero. Camino del trono de la Cruz, regresaba al silencio del orante. Así como nació en medio del silencio, así en medio del silencio fue glorificado. Sin embargo, antes de morir, Jesús quiso revelarnos el camino interior de su corazón. Al tiempo que recibía las heridas, nos dio palabras para que las entendiéramos bien. Quiso revelarnos su diálogo de amor con el Padre, de modo que pudiéramos participar de él.

Cada palabra de la Cruz fue pronunciada con gran esfuerzo. Jesús agonizaba, estaba extenuado y casi asfixiado. Nos centraremos en dos de ellas que iluminan sus

heridas como señal de **perdón y compasión**.

a. “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34)

El testamento de la Cruz se abre con el Padre. Todo lo que ocurre en el Calvario se entiende a la luz de este diálogo entrañable. Jesús comienza pidiendo para nosotros el perdón. Lleno de heridas, Jesús cumple personalmente lo que había predicado en el Sermón de la Montaña (Mt 6, 12-15) y le muestra a Pedro cuál es la medida del perdón (cf. Mt 18, 21). La suya es una sangre que habla mejor que la de Abel (cf. Hb 12, 24). La de Abel, asesinado por Caín, clamaba desde el suelo contra su hermano (cf. Gn 4, 9-10). La de Jesús, al caer sobre la tierra, pide al Padre que derrame su perdón sobre nosotros.

Las heridas de Jesús (su sangre derramada) son, por tanto, la fuente del perdón. No se trata, claro está, de que Jesús trate de convencer al Padre. El Padre no se resiste a perdonar: lo está deseando. Para eso precisamente ha enviado a su Hijo, que ahora, en una carne como la nuestra, se dirige a Él en nuestro nombre.

Pero Jesús no se limita a pedir para nosotros, sino que da además motivos para ello: “no saben lo que hacen”. Años más tarde, los apóstoles profundizarán en este misterio de ignorancia. Hablando a la muchedumbre, Pedro hablará así: “Rechazasteis al santo, al justo (...) matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó (...). Y sin embargo, yo sé, hermanos, que *lo hicisteis por ignorancia*” (Hch 3, 14.17). Algo semejante dirá de sí Pablo, cuando recuerde su vida anterior como perseguidor, violento y blasfemo: “Pero Dios tuvo compasión de mí, porque yo no era creyente y *no sabía lo que hacía*” (1 Tim 1, 13). En realidad, Saulo el perseguidor, el fariseo cumplidor y perfecto discípulo de la Ley, sabía muchas cosas, pero desconocía lo esencial.

La primera palabra del corazón herido de Jesús es el perdón. La pronuncia sin condiciones. La ofrece a quienes no lo piden ni lo aceptan, a los que lo insultan y escupen. Y sin embargo es un perdón que no se pierde en el vacío, que guarda la ley de la reciprocidad. Cristo muere por nosotros, sus enemigos, para que podamos llegar a ser sus amigos. Sus heridas nos sanan porque nos ofrecen un perdón incondicional y permanente.

b. “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23, 43)

Poco después, Jesús pronunció otra palabra decisiva. No se dirigió esta vez al Padre, sino a uno de los ladrones que sufría a su lado. Fue la promesa más espléndida que un hombre puede escuchar jamás: “Hoy estarás conmigo”.

El buen ladrón había contemplado durante largo tiempo a Jesús en la Cruz. Aquel hombre que sufría junto a él llevaba un misterio: no se quejaba, no maldecía a Dios, pedía perdón por sus verdugos... Contemplando a Jesús sufriente, Dimas intuyó el poder de aquellas heridas. Por eso, se atrevió a suplicar a aquel moribundo: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino” (Lc 23, 42).

El encuentro de Jesús con el buen ladrón muestra que las heridas de Jesús son signo de la **compasión de Dios** que nos libera. Como vimos, el pecado nos encierra en nosotros mismos y empobrece nuestra vida. Dimas se encontró con Uno que sufría con él y le liberaba de su esclavitud. Lo que aquí ocurrió recibe luz del siguiente relato.

Cuentan de un rabí, de nombre Hiyya, que cayó enfermo y recibió la visita de uno de sus colegas, rabí Yohanan. Este le preguntó: “¿Estás a gusto con tus sufrimientos?”. “Ni con ellos ni con las compensaciones que prometen”. El visitante entonces le dijo: “Dame tu mano” y levantó del lecho a su amigo. Al poco, se repitió la escena, pero esta vez fue rabí Yohanan quien cayó enfermo. De nuevo se repite el diálogo: “¿Estás a gusto con tus sufrimientos?”. “Ni con ellos ni con las compensaciones que prometen”. Y de nuevo el visitante, esta vez rabí Hiyya le dijo: “Dame tu mano” y lo levantó de su cama. El relato concluye así: “¿No podía rabí Yohanan levantarse a sí mismo? Respuesta: El prisionero no puede salir por sí mismo de su presidio” (cfr. Berakhot 5b, Talmud de Babilonia).

El relato nos muestra la grandeza de la compasión humana: el que sufre a mi lado me libera de la cárcel de un dolor vivido en solitario. En el caso de Dimas, esta compasión posee una fuerza nueva. Quien sufría a su lado, el que sufría su misma pena, era Dios en persona.

En las heridas de Jesús descubrimos la compasión de Dios que viene a liberarnos del presidio del pecado. Se pone a nuestro lado para sanar la herida de la concupiscencia y recordarnos la vocación al amor escrita en nuestro cuerpo.

c. La consagración de Jesús

Las dos palabras del Crucificado que acabamos de presentar nos permiten entender el misterio de su sufrimiento. Jesucristo puede curarnos con sus heridas porque estas hablan el lenguaje del perdón y de la compasión. En Él descubrimos a uno que sufre como nosotros y con nosotros y que así nos obtiene el perdón del Padre. A la luz de la compasión y del perdón, podemos entender el misterio maravilloso de la Cruz.

Según los evangelistas, Jesús murió rezando a la hora nona. San Juan recoge la palabra de Jesús, como el enviado que ha realizado su misión: “Está cumplido” (Jn 19, 30). San Lucas nos muestra la culminación de su diálogo con el Padre: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46; Sal 31, 6). Ambos nos hablan de la confianza total de Jesús en el Padre. En la Cruz, Cristo se consagra, se confía totalmente al Padre.

Su consagración al Padre ha pasado por el misterio del dolor. En su Pasión, en su Hora, **Jesucristo ha dado a su sufrimiento la forma del amor**. En su camino hacia la Cruz nos revela el perdón y la compasión de Dios. Sus heridas manifiestan la medida del amor de Dios hacia nosotros.

“El mundo del sufrimiento humano”, comenta Juan Pablo II, “invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano” (*Salvifici doloris*, 29). En el caso de Jesús, su dolor invoca al corazón del Padre: su sufrir nos muestra el amor de Dios en un corazón del hombre.

2. Mis heridas: “Completo en mi carne” (Col 1, 24)

Al contemplar el encuentro del buen ladrón con Jesús, hemos visto que la Cruz no admite espectadores indiferentes. Nadie puede permanecer en el Calvario sin tomar partido. El diálogo con Dimas nos muestra la relación personal que se establece con Jesús: “Acuérdate de *mí* (...). Hoy estarás *conmigo*”.

De esta manera, desde la Cruz, Jesucristo renueva su llamada a seguirlo. “El que

quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz, y me siga” (Mc 8, 34).

Los Evangelios nos hablan de algunos que, allí mismo, en el Calvario, tomaron en serio esta invitación. Junto a la Cruz, Jesús no encuentra sólo enemigos: hay también amigos. Está, en primer lugar, María, la Madre, la única fiel. Tenemos al buen ladrón, a la Verónica y a las mujeres que lloran por Jesús. Finalmente, encontramos al centurión romano, convertido por el testimonio de la Cruz, a Nicodemo y a José de Arimatea, que enterrarán su cuerpo, ofreciéndole una tumba nueva.

Desde la Cruz, Jesús llama también a nuestra familia a participar de su entrega, a unirnos a su consagración al Padre. Pero para que esto sea posible, es preciso recibir la fuerza del Espíritu.

2.1. De su herida “brotó agua y sangre” (Jn 19, 34)

Fue san Juan quien dio testimonio de este acontecimiento. Del costado traspasado de Jesús, de su herida, brotó sangre y agua. Para el evangelista se trata de un hecho de vital importancia. Por eso añade: “El que lo ha visto da testimonio y su testimonio es verdadero y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis” (Jn 19, 35).

La Cruz es, para san Juan, el momento del don del Espíritu. Después de su última palabra (“Está cumplido”), Jesús inclinó la cabeza y “entregó el espíritu” (Jn 19, 30). Juan juega con esta ambigüedad: en el momento de su muerte (al entregar el espíritu), Cristo entrega su Espíritu.

De ahí la importancia tan grande que Juan descubre en el agua y la sangre. Del seno de Jesús brota un río de agua viva. La lanza del soldado abre el corazón de Cristo y de esta herida brota un don nuevo: la plenitud del Espíritu.

Al recibir el don del Espíritu de Jesús, podemos unirnos a su entrega. Por eso, ahora de un modo nuevo, “sus heridas nos han curado”: de ellas (de la herida de su costado) ha brotado el don de una vida nueva: la vida en el Espíritu que nos sana y nos regenera.

2.2. Eucaristizar la vida

Esta vida nueva en el Espíritu supuso para los primeros cristianos una auténtica revolución. Recién convertido, san Pablo entendió, por ejemplo, que después de la entrega de Cristo ya no eran necesarios los sacrificios de toros y corderos. Ahora, el verdadero culto, el “culto razonable” consistía en “ofrecer nuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rom 12, 1).

¿De qué se trata? La entrega invita a la entrega. Por eso Pablo puede soportar tantos sufrimientos y darles la **forma del amor**. “Hermanos”, dirá a los de Colosas, “me alegro de sufrir por vosotros. Así completo lo que falta en mi carne a los padecimientos de Cristo, para bien de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado ministro” (Col 1, 24-26).

La experiencia de san Pablo es también contemporánea. Así nos lo muestra, por ejemplo, el martirio de los monjes franceses en Argelia, escenificado en la película “De dioses y de hombres”. Se nos habla de hombres que se consagran: se unen a la entrega de Cristo por el pueblo en el que viven. Aceptan que llegará la Hora de

derramar la sangre, pero no la buscan. Son hombres que tienen miedo, no saben qué hacer (si permanecer o regresar a Francia) y en ese camino de oración, se unen al sacrificio de Cristo: son hombres que llegan a ser dioses. La herida es para ellos momento de plenitud, del encuentro definitivo con el Señor.

Quizá nos parezca lejana la posibilidad del martirio. Pero de lo que se trata en verdad es de participar de la entrega de Jesucristo. Y eso lo tenemos a nuestro alcance por medio del sacramento de la Eucaristía. “La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos* encarnado, sino que nos **implicamos en la dinámica de su entrega**” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 13).

Por medio de la Eucaristía podemos unirnos cada día a la pasión del Señor. Y esta unión se puede extender a todos los ámbitos de nuestra vida de familia. Podemos “eucaristizar la vida”, diría el beato Manuel González, uniendo nuestras heridas y gozos a los de Cristo.

Conclusión: participar de su entrega

¿Por qué el sufrimiento? ¿Por qué las heridas? El escritor C. S. Lewis hablaba del dolor como ese altavoz de Dios en un mundo de sordos. Dios se sirve de él para despertarnos y espabilarnos. Pero hablar del dolor puede resultar fácil; vivirlo es otra cosa. Así lo experimentó el mismo Lewis, un verdadero experto en teoría del dolor. Cuando aquella teoría se hizo carne en la enfermedad de los que amaba, aprendió verdaderamente lo que significaba el amor.

Juan Pablo II, por su parte, decía que “el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo (*Salvifici doloris*, 30). El dolor no es sólo un altavoz divino, sino también un generador de amor que nos permite unirnos a la ofrenda de Cristo. Podemos participar de su entrega y entrar así en una vida nueva. “Es doctrina segura: Si hemos muerto con Él, viviremos con Él; si nos mantenemos firmes, reinaremos con Él” (2 Tim 2, 11-13).

“Cristo padeció por nosotros,
dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas.
Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca;
cuando le insultaban, no devolvía el insulto;
en su pasión no profería amenazas;
al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente.
Cargado con nuestros pecados subió al leño,
para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.
Sus heridas nos han curado.” (1 Pe 2, 21-25)

Preguntas para el diálogo:

1. No faltan heridas en la familia. Nos llegan del trabajo bajo la forma de fracasos, malentendidos o recelos laborales; otras las encontramos en casa, en las enfermedades

de los pequeños, sus crisis de crecimiento, problemas con la escuela... ¿Cómo nos ayuda la Pasión (y las palabras de la Cruz) a iluminar estas heridas? ¿Cómo pueden pasar de obstáculo a ocasión de maduración?

2. El otro me saca del presidio. ¿Cómo ayudar a nuestros hijos a acoger el sufrimiento sus vidas?

3. Podemos contemplar la Pasión desde muchos puntos de vista. Pero lo comprendemos todo mejor cuando asumimos la perspectiva de la Madre de Jesús. ¿Cómo contemplaba María las heridas de su Hijo? ¿Qué nos enseña su mirada?

4. La Eucaristía es sacrificio y banquete en el que Cristo se nos ofrece como alimento. ¿Cómo ilumina la Eucaristía la entrega cotidiana de la vida de familia? ¿Cómo podemos “eucaristizar” la vida?